

el lodo, dice M. Quinet (1). ¡Tales son las simpatías de los demócratas por el cristianismo! (a).

Dejemos á un lado á los demócratas; si alguna vez vuelven á mejor acuerdo, no será al catolicismo á quien se aliarán. Veamos aquellos otros á quienes la revolución de Febrero produjo terror: Alberto de Broglie tiene razón en decir que aquella revolución no se parecía á ningún otro acontecimiento de la historia. ¿Qué eran los hombres del 89, qué eran los rojos del 93 en comparación de los socialistas del 48? Los primeros no perseguían más que á los reyes; los otros se dirigían á las propiedades; y en esta nuestra época de reacción religiosa, la fe que más conmueve á las almas es la fe en el dinero. Cuando los hombres vieron sus propiedades amenazadas, se apresuraron á entrar en el recinto de la Iglesia, como si fuera su último asilo. La misma Iglesia, esa buena madre, les predicó ese nuevo Evangelio; no se avergonzó de apelar al interés de los ricos para convertirlos por medio del temor que les inspiraban los comunistas (2). Y los reaccionarios no cesaron de aplaudir viendo los templos llenos de esos adoradores de Pluto. ¡Ciegos, conductores de ciegos! ¿No habéis abierto jamás los libros que llamáis palabra de Dios? Cuando Jesucristo habla á los dichosos de este mundo, ¿les dice por ventura: "Seguidme y conservaréis vuestra fortuna? Al contrario, exclama: ¡Ay de los ricos! Más fácil es que un camello pase por el hondon de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos. Si nos hemos de atener á las palabras del Evangelio, ni uno solo de nuestros católicos hallaría lugar en el reino de Jesucristo. ¿Dónde están los que vendan sus bienes para distribuirlos á los pobres? Lo que se les ve es especular y negociar para la mayor gloria de Dios. Si el Cristo pudiera volver á nosotros, gritaría á los que se atreven á llamarse sus discípulos: "¡Ay de vosotros! De una religión de pobreza habéis hecho una religión de goces. En vuestras manos, la abnegación se ha cambiado en egoísmo. No se puede servir á la vez á dos amos. Vuestro Dios es Mammon; no hay sitio para vosotros en mi reino."

(1) ED. QUINET, Introducción á las Obras de Marnix.

(a) No me extraña que la primera vez que Laurent cita á Edgar Quinet sea para arrancarle una frase contraria al espíritu y tendencias que informan todas sus obras. Pero escrito está: que la letra mata y el espíritu vivifica.—(N. del T.)

(2) Véanse las pruebas en mi *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*, parte tercera.

Hémos aquí en el apogeo de la reacción religiosa. ¡El espectáculo es admirable! Todo el mundo se ha convertido, comenzando por los reyes y los emperadores. "Todos los poderes que se suceden, dice el conde de Montalembert, invocan el apoyo de la Iglesia y sus simpatías; todos le acreditan sucesivamente su respeto, su confianza, su humilde sumisión; todos se disputan el honor de proclamar su indispensable influencia." El último que llega es el más religioso, si hemos de creer "las elocuentes protestas de afecto á la Iglesia que se han renovado tan frecuentemente desde su candidatura á la dignidad suprema," (1). Dejamos á los jesuitas de Roma, redactores de la *Civiltà Cattolica*, el cuidado de comentar este bello texto. "¿Cuál es la causa de las revoluciones que trastornan al mundo? Es que las sociedades han renegado de la revelación y han desdeñado la autoridad de la Iglesia. ¿Cómo restablecer el orden y la paz más que volviendo á entrar en el seno de la Iglesia?" (2). Ese lenguaje es menos poético, pero es bien claro y bien preciso; la reacción religiosa se confunde con la reacción política. La Iglesia aprovecha el miedo que inspiran las revoluciones para restablecer su autoridad. Que á ese retroceso al antiguo régimen se le llame reacción, nos parece bien; pero que no se prostituya el santo nombre del cristianismo asociándole á los cálculos de una política interesada; que no se cambie en vil plomo el oro puro.

## V

La reacción protestante ha seguido las mismas fases que la reacción católica. Diéronla el primer impulso las grandes catástrofes del imperio; por eso en su principio mismo fué política más bien que religiosa. El abatimiento de la patria alemana, los acontecimientos prodigiosos que produjeron la caída de un hombre de guerra, grande entre los más grandes, la abnegación heroica del pueblo que afrontaba la muerte con la alegría del mártir, la exaltación del espíritu de libertad y de nacionalidad, tales son las causas á que atribuyen la reacción religiosa los escritores protestantes (3).

(1) MONTALEMB., *De los intereses católicos en el siglo XIX*, § 1.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 4.ª, t. IV, p. 643.

(3) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuesten Theologie*, p. 59 y siguientes.

Dicen que ese impulso de todo un pueblo que quiere reconquistar su independencia tiene mucho de religioso, lo cual es verdad bajo el punto de vista del cristianismo nuevo, liberal; pero no es cierto bajo el punto de vista de la ortodoxia católica ó reformada. A creer á los reaccionarios, el dogma y la Iglesia constituyen toda la religión; y en verdad que los mártires de 1813 no murieron por confesar la Trinidad, y menos aún por restablecer la dominación del clero. El movimiento fué político en su esencia, y tal fué asimismo el carácter de la reacción que siguió á la caída de Napoleón.

Se sabe que para vencer al invencible, los soberanos coligados tuvieron que inscribir en sus banderas aquellos mismos principios del 89 contra los cuales se habían coligado en 92. Después de la victoria olvidaron bien pronto sus promesas; y á los sentimientos liberales que habían afectado durante la lucha reemplazó el despotismo más estúpido. El odio que la nación había profesado á la Francia y á las ideas francesas, favoreció la vuelta al antiguo régimen; para escapar de la Revolución se retrocedió hasta la Edad Media. Esa ciega reacción hacia lo pasado se manifestó igualmente en la esfera religiosa; y así como la monarquía explotó el movimiento de los ánimos en su propio interés, también la Iglesia se aprovechó de él para realzar el antiguo dogma sin olvidarse de su autoridad divina.

Como se ve, es el elemento político el que dominaba al elemento religioso, mientras que si la reacción religiosa hubiese sido realmente una resurrección de la fe, ella sería la que hubiese inspirado la política. En 1848 se verifica el mismo espectáculo; más todavía en Alemania que en Francia, las insurrecciones súbitas que derrocaron los más antiguos tronos semejan á un temblor de tierra: parecía que el suelo iba á hundirse bajo los pies de los hombres atemorizados. La Revolución fracasó por completo, y de ahí las amargas decepciones. Unos desesperaron del porvenir que se habían pintado con los colores más halagüeños. Otros, aquellos que habían estado á punto de perder el poder y sus bienes, se sintieron poseídos de espanto, y éste les predispuso á arrojarse en brazos de la más ciega reacción. Pero la reacción política fué también una reacción religiosa. Los demócratas alemanes repudiaron el cristianismo, haciendo-

le responsable de la servidumbre en que el mundo había gemido tanto tiempo: era, según ellos, una religión del otro mundo que degradaba las almas y las preparaba á la esclavitud: los hombres necesitaban una religión de este mundo, que aceptase y santificase todas sus aspiraciones. Había algo de verdad en los cargos hechos al cristianismo tradicional; pero también había en ello un grave escollo: el de que la pretendida religión de este mundo viniese á ser el culto de la materia y á legitimar las pasiones más viles. Y la Alemania no se evadió de ese peligro. Por odio, entonces, al materialismo, los espíritus, á los que es tan grata la vida espiritual, se marcharon á la religión del pasado. De este modo, la reacción política daba la mano por todas partes á la reacción religiosa, y, por decirlo mejor, la política dominaba á la religión (1).

## N.º 3. — Los resultados.

### I

*La Civiltà Cattolica*, órgano oficial de la reacción católica, se complace en hacer constar, al comenzar su tercera serie (2), que el galicanismo ha desaparecido casi enteramente de Francia; en cualquier ocasión, dicen los reverendos padres, el episcopado recibe los acuerdos de Roma, y cuando Roma ha hablado, la causa está decidida; los obispos han aceptado la liturgia romana; los clérigos leen el breviario romano, y hasta llevan el traje romano. No halla menos motivos en Alemania para felicitarse *La Civiltà*; el concordato austriaco ha concluido con el josefismo, esa impía política que pretendía subordinar la Iglesia al Estado; la unión entre el sacerdocio y el imperio ha sido restablecida; y ¿acaso no es esa unión la que ha restablecido la fortuna de la casa de Austria? En el gran ducado de Baden, gracias á la heroica resistencia del arzobispo de Friburgo, un príncipe protestante se ha visto obligado á negociar con Roma. Puede esperarse que el concordato austriaco llegue á ser el derecho común, y que en toda la Alemania domine la Iglesia sobre el Estado. *La*

(1) GIESLER, *Kirchen Geschichte*, t. V, p. 274 y sig.—BAUR, *Kirchen Geschichte des XIX. Jahrhunderts*, p. 505.—SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuesten Theologie*, p. 222 y siguientes.

(2) 1856.

*Civiltà* veía victorias y éxitos por todas partes: la guerra de Oriente que iba á abatir el poder del czar y á humillar, por consiguiente, á la Iglesia griega, de la cual es papa? Ese era un nuevo triunfo que Dios preparaba á la Iglesia, su santa esposa (1).

Los reverendos padres tendrían alguna razón para cantar victoria si se confundiera la reacción religiosa con el triunfo del ultramontanismo. Bien puede decir la *Civiltà* que ya no hay Iglesias nacionales, aun cuando algo podría objetarse á ello. En Francia es ultramontano el episcopado, merced, no solamente á la reacción religiosa, sino á circunstancias políticas particularísimas. Durante el primer imperio, la Iglesia francesa estaba aún en manos del emperador, aun cuando ya cobijaba semillas de ultramontanismo. La restauración, si bien favorable al catolicismo, por la tradición del antiguo régimen era galicana. Después de la revolución de Julio, el gobierno, bien fuera debilidad, bien fuera cálculo, contemporizó con Roma é hizo la corte al catolicismo. Sin embargo de lo cual, resistió á las invasiones del episcopado y no se dejó llevar por las alharacas de libertad que salían de un campo en que la libertad no ha servido nunca más que de máscara. El galicanismo subsistió, pues, en la esfera legal, y todavía hoy la célebre declaración de 1682 es una ley fundamental de la Francia. Verdad es que el segundo imperio ha sido saludado por los católicos ultramontanos como una restauración religiosa; pero si el sobrino del gran emperador adula á los obispos y defiende al papa contra los Italianos, ¿debe atribuirse á convicción ó á política? Nadie más que los pobres de espíritu pueden creer en el triunfo del ultramontanismo en Francia.

El ultramontanismo domina en Bélgica por resultado de la libertad ilimitada que la constitución otorga á la Iglesia. Pero las constituciones no son eternas, y ya los Belgas van comprendiendo que la libertad de la Iglesia significa servidumbre del Estado y embrutecimiento intelectual de la nación. Verdad es que el Austria ha abandonado las tradiciones de José II; sin embargo, *La Civiltà Cattolica* se ha apresurado mucho á profetizar que el concordato restablecería la fortuna de la casa imperial. Los jesuitas hicieron su predicción en 1856, y

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 3.ª, t. 1, p. 9 y siguientes.

en 1859 el Austria era vencida en Solferino y se veía obligada á renunciar su dominación sobre Italia. En este mismo momento se ve anonadada después de una campaña de pocos días, hasta el punto de ceder voluntariamente lo que la quedaba de sus posesiones italianas. ¿Qué dicen á esto los reverendos padres? Por cierto que la prosperidad que el concordato ha dado á la casa de Austria no sentará á los demás príncipes. Y diré más: los Austriacos mismos conocen que el concordato les ha sido funesto, y le repudian; y el mismo emperador, arrastrado por la opinión pública, abandona el concordato y vuelve á las tradiciones de José II.

¿Qué podremos decir del triunfo de la Iglesia que augura la *Civiltà Cattolica* en la guerra de Oriente? Ha sido una especie de ironía de la suerte, porque de la guerra de Oriente data el papel político del Piamonte, y por consiguiente, el renacimiento de la Italia. Y la situación del papado es tal que declina y decae á medida que la unidad italiana se consolida y se extiende. Decididamente los ultramontanos son malos profetas. Creían ya en la conversión de la Alemania protestante cuando el gran duque de Baden firmó el concordato por el cual abdicaba su soberanía en manos del papa. Y hete aquí que ese concordato ha venido á ser el principio de un movimiento que será funesto á Roma. Ese mismo gran duque, cuyos sentimientos católicos celebraba tan apresuradamente la *Civiltà*, ha inaugurado un nuevo sistema para las relaciones de la Iglesia con el Estado: dejando una gran libertad al catolicismo, le coloca bajo el régimen del derecho común, y mantiene la soberanía del Estado sobre la Iglesia romana así como sobre las otras Iglesias. En el fondo es el imperio que corresponde á la ley sobre todas las asociaciones religiosas ó profanas; es decir, la subordinación de la Iglesia al Estado en todos cuantos asuntos interviene la soberanía civil. ¡De este modo el triunfo aparente del ultramontanismo ha venido á ser el primer paso dado para su ruina!

## II

El ultramontanismo no es más que una de las fases de la reacción religiosa. Que cesen las disidencias en el seno de la Iglesia, que no haya más galicanos, que los príncipes consientan momentáneamente en doblar la rodilla ante los papas, todo

eso podrá ser un signo del ascendiente que ejerce todavía el papado en el siglo XIX; pero de eso al triunfo del catolicismo hay una distancia inmensa. El papa que ha visto á sus pies á los obispos galicanos, que ha firmado el concordato con el Austria y que se ha atrevido á promulgar un nuevo dogma, ese mismo papa hace oír sus lamentaciones á todo el mundo católico. Desde su primera encíclica, Pío IX está hablando "de la guerra encarnizada que se hace en el triste siglo en que vivimos á la religión católica". ¿Quiénes son los hombres que declaran la guerra á la Santa Iglesia? Pues son los francmasones: "Unidos entre sí por una asociación impía, sacan de las tinieblas toda clase de opiniones monstruosas y procuran después difundirlas por el público." El papa dice que está embargado de horror y agobiado por el dolor más cruel pensando en tantos errores, en tantas redes y maquinaciones, por medio de las cuales esos enemigos de la verdad y de la luz se esfuerzan por ahogar en las almas el celo por la piedad, socavar la religión católica y la sociedad civil y destruir hasta sus cimientos. "Los enemigos encarnizados del nombre cristiano, abriendo su boca con audacia inaudita para blasfemar de Dios, no se avergüenzan de enseñar públicamente que los santos misterios de nuestra religión son fábulas é invenciones humanas, que la doctrina católica es contraria al bien de la sociedad, y no temen renegar de Dios mismo y de su Cristo." (1).

A pesar de las victorias aparentes de la Iglesia, no han cesado las lamentaciones del papa; lejos de ello, la lucha ha venido á ser una guerra á muerte, hasta el punto que Pío IX ha concluido por condenar toda la civilización moderna. ¿Qué han venido á ser entonces aquellas luminarias de alegría que encendían los partidarios de la Iglesia para celebrar el triunfo del catolicismo? Son parecidas á las siniestras luces de una hoguera sobre la cual estuviese echada la Iglesia misma. Tal vez se dirá que nosotros exageramos; pues bien, los escritores católicos, los mismos que están empeñados en el movimiento ultramontano, van á decirnos á qué ha conducido la reacción religiosa.

Pío IX habla de una guerra á muerte que los enemigos de Cristo han declarado á la Iglesia.

(1) Carta inédita de Pío IX, del 9 de Noviembre de 1846 (*Diario histórico y literario*, t. XIII, p. 441).

¡Ah! el papa podría felicitarse si la lucha fuese tan ardiente. Pero el mal es más profundo. *Lamennais* le señaló lanzando un grito de angustia en vista de la indiferencia religiosa que reina en el mundo cristiano. El ilustre escritor combatía con heroísmo la enfermedad que deploraba con su seductora elocuencia; pero comprendía que el enemigo era más fuerte que él. Tenemos de él una carta notable que escribió al conde de *Maistre* en 1821, en el momento en que el catolicismo parecía omnipotente en Francia, merced á la protección de la antigua familia de los Borbones. *De Maistre*, que había nacido profeta, veía el porvenir por el prisma de sus ilusiones: "Yo desearía con todo mi corazón, dice *Lamennais*, participar de vuestras esperanzas; pero os confieso que mi débil vista no alcanza á vislumbrar en el mundo que se disuelve el germen de una restauración completa y durable. En vano procuro investigar y descubrir el medio por el cual el género humano podría curarse de la enfermedad de que está atacado. ¡Ojalá yo me engañe! pero yo la creo mortal. Remontarse desde el fondo del error hasta la cima de la verdad, contra el torrente de las pasiones, de la ciencia y de la imprenta, me parece enteramente contrario á todo lo que conocemos relativamente á las leyes que rigen el mundo moral. Me atreveré á decirlo, pues me parece que todo se prepara para la grande y última catástrofe..." (1).

¿Cuál es ese enemigo que *Lamennais* desespera de vencer? En su correspondencia con el padre Ventura, insiste muchas veces sobre el estado religioso de la Francia, y no hay que olvidar que la Francia es la hija primogénita de la Iglesia. *Lamennais* dice que se pueden distinguir tres clases de hombres; en primer lugar, los numerosos discípulos de la filosofía del último siglo. Dicho se está que éstos odian profundamente el cristianismo y toda religión; "Trabajan con ardor en destruir todo principio de fe y en realizar un orden de cosas en el cual cada hombre no tenga otra regla más que su propia razón y sus intereses." Hay después otra clase que aumenta todos los días, y que comprende á todos aquellos que están persuadidos de que la religión es uno de los elementos de la naturaleza humana, pero que no quieren ya el cristianismo, porque le

(1) Carta del 2 de Enero de 1821 (*Cartas y opúsculos inéditos del conde DE MAISTRE*, t. 1, p. 584).

consideran como un sistema transitorio, útil en otro tiempo y en el día un obstáculo para la prosperidad de los pueblos y para el progreso de la sociedad; éstos aguardan una religión nueva que, fundada sobre bases más anchas y en armonía con los desarrollos de la humanidad, la haga volver á su unidad primera. Hay, por último, una tercera clase, la de los indiferentes, poco cuidadosos de lo que sucederá, sin amor y sin odio á todo lo que no se refiera inmediatamente á ellos mismos, que viven en el ateísmo práctico, sin pensar en otra cosa más que en sus placeres y sus intereses presentes.

Esas tres clases, continúa *Lamennais*, forman la inmensa mayoría de todo lo que no es pueblo, lo cual equivale á decir que las clases superiores son hostiles al cristianismo ó indiferentes. Quedan las masas, y *Lamennais* confiesa que han permanecido siendo católicas. Pero ¿qué religión es ese catolicismo? Cristianos por costumbre, sin luces, sin movimiento, sin celo, sin verdadera vida espiritual, *Lamennais* los compara á las poblaciones dispersas por las campiñas que continuaron siendo gentiles durante los primeros siglos del cristianismo. La comparación es característica. Hombres sencillos, apegados por efecto de la educación á su antiguo culto y á sus antiguas creencias, son los últimos á quienes alcanza el movimiento que se verifica en las regiones más altas de la sociedad. ¿De este modo el catolicismo no tiene á su favor más que una turba ignorante é inculta! “Con corta diferencia, todo el que sabe y piensa ha renunciado abiertamente al cristianismo, ó no es cristiano más que de nombre,, (1).

### III

¿Puede haber con tales elementos verdadera regeneración católica? La reacción continúa, es verdad; los templos se llenan y son innumerables las comuniones. Pero en Francia hay que estar siempre preguntando: ¿cuánto durará esto? Cuando en 1793 se desnudaban los templos, y los santos se convertían en moneda, podía creerse que habían concluido así la antigua religión como el antiguo régimen. Sin embargo, en la misma hora en que

(1) *Carta de Lamennais al padre Ventura*, del 30 de Noviembre de 1832 (*Correspondencia de Lamennais*, t. II, p. 254).

los sacerdotes hacían alarde de su apostasía ante la Convención nacional, la reacción católica comenzaba. En Francia todo se hace por humorada, ó, mejor dicho, por moda. Se considera como de buen tono pensar como piensa todo el mundo, y como una falta de buen gusto el singularizarse con ideas personales. La libertad de pensamiento en el día no está en boga, y se va á misa; mañana una tormenta derribará el frágil edificio levantado por una apariencia de fe; y como la nación marcha siempre á brincos y por cambios bruscos, bien pudiera suceder que de una devoción supersticiosa pasase á un grosero materialismo. Y la transición no sería tan súbita como pudiera parecer, porque, á despecho de la Inmaculada Concepción y del milagro de la Saleta, los hechos y las obras prueban que el amor á la materia es mayor que la fe evangélica.

No hacemos más que repetir lo que dicen los hombres más formales de la religión católica. En 1843 se fundó una revista para fomentar el movimiento religioso; el programa de *El Correspondiente*, formado por *Mr. de Champagny*, declara que el mundo intelectual abandona la filosofía del siglo XVIII, pero que, sin embargo de eso, las doctrinas de los filósofos continúan siendo populares, y se aterra uno leyendo las palabras que vamos á copiar: “El pueblo sabe, cree, lee ahora, y se puede añadir que practica lo mismo que sabían, lo que leían y lo que practicaban en 1773 los cortesanos de madama Du Barry,,. La negación y el sofisma han invadido las clases inferiores; ¿han realizado ya todas sus consecuencias? “Temo responder,, dice el escritor católico. Pero ¿*Mr. de Champagny* está bien seguro de que las clases superiores sean más religiosas? El retrato que hace de los indiferentes conviene á los afortunados de este mundo mucho más que á las clases desheredadas: “Ya veis, dicen aquéllos, nosotros no somos enemigos, somos indiferentes; nosotros no negamos ni la divinidad ni la religión, lo que hacemos es no pensar en ellas. Nosotros comemos y bebemos, nos ocupamos en nuestros negocios y no pensamos en otra cosa. No somos ateos, sino gastrónomos,,.

¿No es esto un exceso de incredulidad que cierra el pecho á toda esperanza? ¿Cómo había de haber resurrección donde hay ya podredumbre? No parece sino que se realiza la siniestra profecía de

*Bossuet*, el cual augura un tiempo “en que los mismos libertinos, los espíritus fuertes, se verían desacreditados, no por horror á sus sentimientos, sino porque sería general la indiferencia para todo menos para los placeres y los negocios,,. Esa indiferencia, esa preocupación de los intereses materiales ocultan en el fondo la apostasía de la sociedad. El cristianismo, dice *El Correspondiente*, está como desterrado de todos los asuntos sociales, y los individuos se pasan sin él del mismo modo: “Un gran número de hombres vive y tiene familia y educa á sus hijos sin pensar una sola vez en Dios, sin una idea cristiana, por lo menos declarada. Hay otro gran número de gentes que pasa la vida más absolutamente material, que cada día disminuye la parte de Dios en el gobierno de las cosas humanas, que cada día marca con más crudeza en sus escritos, en sus fiestas y en sus costumbres la negación y el desprecio del bien. El buen tono del siglo XVIII consistía en la discusión audaz, satírica, impertinente contra Dios y contra la fe; el buen tono de nuestro siglo, en vez de razonar contra Dios, demuestra solamente que en la vida se saben pasar sin él,, (1).

Estas palabras fueron escritas algunos años antes de la revolución de Febrero. El miedo al socialismo tuvo el poder de convertir á almas de barro para las cuales la salvación consiste en salvar sus escudos. En 1856, *M. de Broglie* escribe “que el espíritu público ha pasado de un salto desde las ideas religiosas á un alejamiento harto visible,,. Se pregunta por qué ha cambiado el viento, y él mismo se contesta que los homenajes que recibió la religión eran muy interesados; se parecían á los votos que hacen los marinos en medio de la tempestad: pasado el peligro, se burlan del santo que acababan de implorar. No se puede decir que haya pasado ya el peligro social, pero está alejado; el orden se ha asegurado un poco, y no se ha necesitado más para tranquilizar á los intereses materiales, tan tímidos como ciegos por su naturaleza. El ansia de vivir y de ganar se ha encendido en todas las almas en la misma proporción del miedo que habían tenido de perder y de morir; y temiendo ya menos del porvenir y del cielo, no han pensado ya

más que en gozar del presente y de la tierra (1).

Como prueba del espíritu que reina en la sociedad, se invoca la literatura periódica; pero falta saber qué es lo que dice ese testimonio. Oigamos la respuesta de un escritor cuya palabra no es sospechosa de irreligión como la nuestra. Hay una cosa que salta á los ojos, dice *Mr. de Broglie*: “La polémica religiosa ha sustituido á la política; el gusto á las disputas teológicas ha embargado todos los espíritus, y en ninguna parte se manifiesta más vivo que en la prensa periódica: muy reservada, muy prudente, y hasta pálida, si se quiere, en los asuntos que en otro tiempo eran el tema de sus debates y suscitaban sus iras, la prensa ha continuado muy libre, muy atrevida y muy ruidosa sobre todo lo que concierne á la religión,,. Razón de más nos parece á nosotros para que los periódicos sean considerados como los órganos de la opinión pública. Pues oigamos lo que dicen del cristianismo.

Hemos de examinar ante todo la prensa de la alta sociedad literaria, cuyo lenguaje durante algún tiempo en materias de religión, más que benévolo, estaba impregnado de una admiración viva y sincera: “En el día, dice *M. de Broglie*, esa prensa, no solamente abre sus columnas á todas las reclamaciones apasionadas que suscitan los actos ó las palabras de los ministros de la religión católica, sino que aun en las cuestiones generales prefiere siempre ver el lado menos favorable á la Iglesia católica... Está, pues, averiguado que hay una parte considerable del público francés, la parte ilustrada y culta, á la cual se pensaba agradar hace poco tiempo presentándole los méritos de la religión cristiana, y á quien hoy se la interesa más insistiendo en el tema contrario,,.

Hay otra prensa diferente que se dirige á la multitud, y es la prensa revolucionaria; trae su origen del 93, y no lo niega; nada más natural que su hostilidad á la religión y á la Iglesia. Después del 48, la democracia afectó un gran respeto al Evangelio, porque sus ministros condescendían á bendecir los árboles de la libertad. Al presente, sus periódicos persiguen al cristianismo con el encarnizamiento que antes ponían en demoler la sociedad. ¿Por qué ultrajan hoy lo que respetaban

(1) *FRANZ DE CHAMPAGNY, de la Religión católica en Francia* (*El Correspondiente*, t. I, p. 6-11).

(1) *ALB. DE BROGLIE, Caracteres de la polémica religiosa actual* (*El Correspondiente*, t. XXXVII, p. 489-490).